11672

BIBLIOTECA
LÍRICO-DRAMÁTICA.

UN VALIENTE

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

arreglada del francés por

D. CALISTO NAVARRO Y D. JOAQUIN ESCUDERO.

Estrenada con gran éxito en el Salon Eslava la noche del 19 de Marzo de 1876

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR,
Atocha, 87, principal izquierda.

1880.

UN VALIENTE.

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

arreglada del francés por

D. CALISTO NAVARRO Y D. JOAQUIN ESCUDERO.

Estrenada con gran éxito en el Salon Eslava la noche del 19 de Marzo de 1876

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR,
Atocha, 87, principal izquierda.

1880.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
HERMINIA.	Sra. Dominguez.
JULIA..	Mavillard.
MARTINA.	Ramirez.
MARCIAL	Sr. Mesejo.
EDUARDO..	Galé.
D. DIEGO..	Chacel.
GUSTAVO..	Benedí.
D. GUILLERMO.	Peluzo.

La accion en Aranjuez; época actual.

Esta obra es propiedad de D. J. M. S, y nadie sin su permiso podrá representarla.

Los representantes de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA *de D. Enrique Arregui, son los encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.*

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de Alvarez Hermanos, San Pedro, 16.

ACTO ÚNICO.

Sala bien amueblada.—Puerta al foro que da al jardin.—Laterales que conducen á las habitaciones interiores.—A la derecha, balcon.—Piano.—Mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

MARTINA Y EDUARDO. Despues JULIA.

MARTINA. Le digo á usted que no está visible.

EDUARDO. Bien, mujer, esperaré.

MARTINA. No puede ser; el señor no está y...

EDUARDO. Pues precisamente porque sé que no está vengo yo.

MARTINA. ¿Esas tenemos?

EDUARDO. Necesito hablar á la señora de Paniagua á todo trance; yo sé bien que ella y no su marido es la que manda, y por esa razon...

MARTINA. Pues á pesar de todas las razones del mundo, ahora es imposible; está en el tocador y...

EDUARDO. Pásala recado, no temas, es un asunto de familia.

MARTINA. Que no; vuelva usted más tarde, á la hora de almorzar. Entónces estará Don Marcial.

EDUARDO. Y dale con Don Marcial. Si yo á quien quiero ver es á su esposa.

MARTINA. Cuando digo...

EDUARDO. ¿Pero no me conoces, muchacha?

MARTINA. De vista.

EDUARDO. En Madrid éramos vecinos. Me llamo Eduardo

672266

Villaverde, soy abogado; aquí tienes mi tarjeta. (*La da una moneda.*)

MARTINA. ¡Cinco duros!

JULIA. (*Saliendo primera derecha.*) ¡Martina! (*Viendo á Eduardo.*) ¡Ah!

EDUARDO. Señorita...

JULIA. (¡Él en Aranjuez!)

MARTINA. ¿Conoce usted á este caballero?

JULIA. Sí... sí... es decir... creo recordar...

MARTINA. Vamos, ya está entendido.

JULIA. Era vecino nuestro en Madrid.

EDUARDO. Y ahora lo soy tambien; encontré casa aquí cerca

MARTINA. ¡Qué casualidad! (*Con malicia.*)

EDUARDO. Señorita, soy el hombre más feliz del universo. (*Campanilla primera izquierda.*)

JULIA. ¡Cielos! ¡mi cuñada!

EDUARDO. Precisamente vengo yo á verla.

JULIA. ¿Qué intenta usted?

EDUARDO. Poner término á esta situacion.

MARTINA. Que llama la señora; váyase usted, caballero.

EDUARDO. ¡Imposible!

JULIA. Sí, Eduardo, retírese usted.

MARTINA. (Ya le va conociendo.)

EDUARDO. Pero si he de hablarla.

MARTINA. Más tarde.

JULIA. Se lo suplico, se lo ruego.

MARTINA. ¡Que viene!

EDUARDO. Obedezco; pero de hoy no ha de pasar sin que sepamos á qué atenernos.

MARTINA. Váyase usted, hombre.

EDUARDO. Adios, Julia. (*Vase foro derecha.*)

JULIA. Adios, Eduardo.

MARTINA. Gracias á Dios.

ESCENA II.

JULIA, MARTINA y HERMINIA.

HERMINIA. ¿Qué era eso, Julia?

JULIA. Yo no sé... no estaba aquí... Martina sabrá...

MARTINA. No era nada, señora; que preguntaban por usted, y yo...

HERMINIA. ¿Por mí? ¿Acaso aquel jóven que sale ahora del jardin?

MARTINA. Sí, señora, el mismo.

HERMINIA. ¡Que pesadez de hombre!

JULIA. (¡Pobre Eduardo!)

HERMINIA. Sin duda nos ha seguido á Aranjuez.

MARTINA. Por lo visto.

HERMINIA. Eso es ya demasiado, y su afan en asediarme pudiera provocar un conflicto.

JULIA. (¿Qué dice?)

HERMINIA. Has hecho muy bien en despedirle. En Madrid no podía asomarme al balcon; él siempre en el suyo, parecía querer comerme con la vista.

MARTINA. (¡Estás fresca!)

HERMINIA. Como los hombres son tan atrevidos, acaso vuelva, y te encargo muy especialmente que no le recibas nunca. ¿Has entendido?

MARTINA. Sí señora. (Esta toma el rábano por las hojas.)

HERMINIA. Puedes retirarte. (*Vase Martina foro izquierda.)*

JULIA. (Esto sí que es apropiarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño.)

ESCENA III.

HERMINIA, JULIA y MARCIAL, por el foro derecha.

MARCIAL. Ea, ya me teneis aquí de vuelta.

HERMINIA. Corto ha sido el paseo.

MARCIAL ¿Y qué quieres? Me aburro.

JULIA. ¿No has pescado hoy?

MARCIAL. No; y eso que la pesca es mi pasion favorita. No hay nada que tenga más interés, más novedad, ni más encanto. La pesca es lo que se llama un nido de emociones nuevas. El corcho que flota, los peces que pican...

HERMINIA. El sol que pica tambien...

MARCIAL. Eso es en verano.

JULIA. ¿Acaso estamos en invierno?

MARCIAL. Pues bien, digais lo que querais, la pesca es la más inocente de todas las distracciones y el más cómodo de todos los placeres. Bien es verdad que como mis gustos son tan tranquilos...

HERMINIA. Pero hombre, la caza...

MARCIAL. ¿Matar? No me hableis de eso; ya sabeis con cuánta fé cumplo el quinto mandamiento. Yo soy un hombre inofensivo que ni por nada ni por nadie sería capaz de faltar á él. Las truchas y los barbos son mis únicos adversarios, y los combato con armas de buena ley.

JULIA. Pues no creas, siempre ha sido lo mismo.

MARCIAL. Y seguiré hasta la muerte.

HERMINIA. ¡Pobre Marcial!

MARCIAL. ¡Marcial! Vaya una ocurrencia que tuvo mi padrino al darme este nombre. ¡Marcial yo! Un hombre inofensivo. En cambio el apellido reseña bien mi carácter. ¡Pan y agua! Es decir, bueno como el pan y tranquilo como el agua.

HERMINIA. Todos los hombres no han de ser batalladores.

MARCIAL. Ya se ve que no; y la prueba de ello es que á pesar de ser yo así, no por eso dejé de agradarte ni de agradar á tu padre, y eso que en su calidad de militar...

HERMINIA. ¡Oh! mi padre...

MARCIAL. ¿Se opuso acaso á nuestra boda?

HERMINIA. No por cierto. (Gracias á mí.)

MARCIAL. Ya tengo ganas de verle, porque eso de no conocer uno á su suegro más que por cartas.. A través de ellas se ve que debe tener un genio abierto, franco. Me parece que hemos de simpatizar.

HERMINIA. (Mucho lo dudo, porque á él no le gustan más que los valientes.)

MARCIAL. Y á propósito, me olvidaba deciros que tenemos un convidado.

JULIA. ¿Y quien es él?

MARCIAL. Gustavo Bergamota.

HERMINIA. ¿Gustavo está en Aranjuez?

MARCIAL. Acabo de encontrarle paseando por los jardines.

Buen chico, decidor, amable, galante. ¿No te parece, Julia?

JULIA. Sí; no me parece mal.

MARCIAL. Aquí para entre nosotros, yo creo que tiene proyectos...

HERMINIA. ¿Cómo proyectos?

MARCIAL. Sí... proyectos matrimoniales.

JULIA. ¿Piensa casarse?

MARCIAL. Y sospecho que no has de ser tú ajena á esos proyectos.

JULIA. ¿Yo?

MARCIAL. Siempre me habla de ti encomiando tus buenas cualidades, con un entusiasmo...

HERMINIA. No es mala proporcion.

MARCIAL. Hoy mismo sin ir más léjos me ha hecho algunas indicaciones.

JULIA. (¡Cielos! ¿Y Eduardo?)

MARCIAL. Yo, eludiendo contestarle directamente, le he dado á entender que pensaba consultar contigo ántes de establecer á mi hermana, y con objeto de poder ir entrando en materia, le he convidado á almorzar.

JULIA. Yo por mi parte no tengo prisa.

HERMINIA. Bien, ya hablaremos de eso.

ESCENA IV.

Dichos y MARTINA. (*Foro derecha, con cartas y periódicos.*)

MARTINA. Señor, cartas y periódicos de Madrid.

MARCIAL. Vengan. (*Vase Martina foro derecha.*) ¡Calle! Carta de Santander, y es para tí.

HERMINIA. ¿Para mí? (*Cogiéndola.*) ¡Letra de mi papá!

MARCIAL. ¿Del coronel Centellas? Vamos; veamos lo que dice.

JULIA. ¿Está en Santander?

HERMINIA. Sí; viene con licencia y me anuncia su llegada.

MARCIAL. Me alegraré conocerle.

HERMINIA. Ha desembarcado el 15 y estará aquí el 19.

MARCIAL. El 19 es hoy.

HERMINIA. Es cierto... apénas tenemos tiempo.
JULIA. Hay que preparar las habitaciones arriba.
MARCIAL. ¡Martina!
HERMINIA. Un momento, es necesario que yo te ponga al corriente...
MARCIAL. ¿De qué?
HERMINIA. Mi padre está en un error con respecto á tí.
MARCIAL. ¿Con respecto á mí?
HERMINIA. Sí; para vencer los inconvenientes que preveía, le hice creer en mis cartas...
D. DIEGO. (*Dentro.*) Nada, nada, yo soy de casa.
HERMINIA. ¡Dios mio! es él.
MARCIAL. ¿Tu padre?
HERMINIA. Sí.
D. DIEGO. ¡Voto á mil cartuchos! ¿dónde están?
HERMINIA. Y éste que no sabe... síguele la corriente.
MARCIAL. ¿Que le siga?...

ESCENA V.

DICHOS y D. DIEGO, de paisano.

HERMINIA. ¡Papá! (*Yendo hácia él.*)
D. DIEGO. ¡Abraza, abraza fuerte, hija mia!
HERMINIA. ¡Qué alegría tengo en volverte á ver!
D. DIEGO. ¿Y tu marido?
MARCIAL. ¡Mi coronel!
D. DIEGO. ¿Es este caballero, eh? (*Tendiéndole la mano*) Vengan esos cinco.
MARCIAL. (¡Qué barbaridad!; me ha deshecho la mano.)
D. DIEGO. No es mal mozo; hubiera podido servir para caballería.
MARCIAL. (¡Me trata de bestia!)
D. DIEGO. ¡Vengan esos brazos! (*Se abrazan.*)
MARCIAL. (¡Caracoles, cómo aprieta!)
D. DIEGO. Ven acá tú tambien. (*Se abrazan los tres.*)
HERMINIA. ¡Papá!
D. DIEGO. Despues de cinco años de ausencia, bien pueden permitirse estos desahogos. Y á mí ¿qué tal, qué

tal me encuentras? Un poco moreno, ¿no es verdad?

MARCIAL. Un mucho, mi coronel.

D. DIEGO. El aire de América me ha curtido el cuero. (*Dándole en el hombro.*) Bien, muchacho, bien.

MARCIAL. ¡Ay! (*Ladeándose.*)

D. DIEGO. ¡Has tenido buen gusto, picarilla! ¿Y esta señorita?

MARCIAL. Mi hermana Julia.

D. DIEGO. No desmiente la casta.

JULIA. Señor D. Diego...

D. DIEGO. ¡Guapa chica! Mi hija me hablaba mucho de ella en sus cartas, y veo que en nada ha exagerado. Buena presencia... rostro encantador... aire cándido... modestia...

MARCIAL. (Revista de comisario.)

JULIA. ¡Coronel!

D. DIEGO. Ya la buscaremos un marido arrojado, valiente, como este; porque chico, lo que es yo te tuteo.

MARCIAL. Usté es muy dueño...

D. DIEGO. Entre valientes...

MARCIAL. Claro.

D. DIEGO. Y mira, lo que es por tu aspecto nadie diría de lo que eres capaz.

MARCIAL. ¿Yo?

HERMINIA. Papá, tu vendrás cansado y me parece justo...

D. DIEGO. ¿Me tomas acaso por un recluta? ¡Voto á mil bombas!

MARCIAL. (¡Atiza!)

D. DIEGO. No pienso estar de guarnicion en esta plaza más que un mes y es preciso aprovecharlo.

HERMINIA. ¿Un mes? ¡Qué dicha!

D. DIEGO. Tengo que presentaros uno de mis viejos camaradas; el capitan Guillermo Lapiedra.

MARCIAL. (Valiente apellido.)

D. DIEGO. Un buen sujeto, catalan, áspero de carácter, pero con un corazon de oro. Le he dejado en la estacion recogiendo los equipajes, y cuando venga ya vereis de instalarle en cualquier parte;

pero con franqueza ¿eh? porque si estorba se le dice.

MARCIAL. Nada de eso; aquí tenemos casa de sobra.

D. DIEGO. En ese caso corriente.

HERMINIA. ¡Qué buenos dias vamos á pasar!

MARCIAL. Aranjuez es muy alegre. Tendremos conciertos... bailes... iremos á pescar...

D. DIEGO. Quita, quita, esas son niñerías. Cazaremos, tiraremos á la pistola, al sable, al florete...

MARCIAL. (Vaya una ensalada que va á armar mi papá suegro.)

D. DIEGO. ¡Bien, valiente, bien! Ya encontrarás con quién habértelas y veremos esa fortaleza.

MARCIAL. ¿Mi fortaleza? (Aludirá á la de espíritu.)

D. DIEGO. Vamos, fuera la modestia, que ya sabemos aquí lo que tú eres.

MARCIAL. ¿Sí, eh?

HERMINIA. (¡Qué suplicio!)

DIEGO. La verdá es que el lance de Fornos fué admirable.

HERMINIA. (No le contradigas.)

D. DIEGO. ¿El se incomodó, eh?

MARCIAL. Ya lo creo.

D. DIEGO. Pero tú...

MARCIAL. ¡Ah! yo.

D. DIEGO. Le diste un botellazo.

MARCIAL. Eso es.

D. DIEGO. Y al otro dia...

MARCIAL. Ya estaba tan bueno.

HERMINIA. (No, hombre, no.)

D. DIEGO. ¿Cómo bueno?

MARCIAL. Es decir... todo lo bueno que puede estar un hombre que ha recibido un botellazo en la cabeza... porque me parece que fué en la cabeza... (¿Fué en la cabeza?) (*A Herminia.*)

HERMINIA. (Por Dios, sigue así.)

D. DIEGO. Y al dia siguiente, en el tercer molino...

MARCIAL. Justamente, entre el tercero y el cuarto.

D. DIEGO. ¡Bien, muchacho, así me gusta!

MARCIAL. Gracias. (Vaya un gusto.)
D. DIEGO. Pues mira que el otro lance...
HERMINIA. ¿No quieres tomar nada, papá?
D. DIEGO. No, hija, no El otro si que tambien fué bueno.
MARCIAL. ¿Qué otro?
D. DIEGO. El del Real.
MARCIAL. Ah, sí; el de los ocho cuartos y medio.
D. DIEGO. No, hombre, no; en el teatro.
MARCIAL. Sí, sí, es verdad; en el teatro.
HERMINIA. Dispensa, papá, pero á este no le gusta recordar ciertas cosas.
D. DIEGO. Condicion de todo valiente.
MARCIAL. (¡Y dale!)
D. DIEGO. Pero en fin, de todos modos fué una soberbia estocada.
MARCIAL. (Si lo entiendo, que me emplumen.)
D. DIEGO. Quién diría al verlo con esa buena pasta que es capaz de ponerse hecho una fiera.
MARCIAL. ¿Yo una fiera?
D. DIEGO. Ahora me convenzo de que hice bien en entregarte á mi Herminia. Nunca me perdonaría habérsela dado á un gallina.
MARCIAL. (¡Caracoles!)
D. DIEGO. Pero sin embargo, algo tengo que reprocharte.
MARCIAL. ¿Reprocharme?
HERMINIA. (¡Yo sudo!)
D. DIEGO. Cuando se pasan dos años en el empleo de marido se tiene derecho al ascenso inmediato.
MARCIAL. ¿Al ascenso?
D. DIEGO. Sí señor, se debe ascender al empleo de padre.
MARCIAL. Es cierto, coronel... pero... el porvenir es nuestro.
D. DIEGO. Muy bien, pillastron. (*Golpeándole*)
MARCIAL. (Este hombre va á descoyuntarme.)

ESCENA VI.

Dichos, D. GUILLERMO y MARTINA, por el foro derecha.

MARTINA. ¡Por aquí, caballero!
D. DIEGO. Es el capitan. (*Vase Martina foro derecha.*)

D. Guill. (*De paisano.*) Mi coronel, preséntemе.

D. Diego. Mi amigo Lapiedra, capitan del 2.º de coraceros, Herminia mi hija.

D. Guill. Bella señora.

D. Diego. La señorita de Paniagua.

Julia. Servidora.

D. Guill. Bona noya.

D. Diego. Marcial Paniagua, mi yerno, y de los buenos.

Marcial. (No se le olvida.) (*Inclinándose.*)

D. Guill. Conosco algunas de sus proesas.

Marcial. (¿A que soy un héroe?)

D. Guill. He oido leer en el campamento las cartas de esta señora, y ma creo muy honrado en estrechar esa mano.

Marcial. Capitan... (*Alargándosela.*)

D. Guill. Yo ma parezco á mi coronel; ma gusta tratar con hombres.

Marcial. Será costumbre militar.

Herminia. Papá nos ha hecho esperar que honrará usted esta casa algunos dias.

D. Guill. Señora, el honrado saré yo.

Martina. (*Desde la puerta.*) Aquí están los equipajes.

Herminia. Julia, dispon lo necesario para que sean instalados tanto mi padre como este caballero.

Julia. Voy en seguida, señores. (*Vase con Martina.*)

D. Diego. (¿Le gusta esa chiquilla?)

D. Guill. (Mucho, mi coronel.)

Herminia. (Despues, cuando estemos solos.)

Marcial. (Pero es que yo...)

Herminia. Si quieren ustedes descansar, sigan el jardin y á la derecha...

D. Diego. Bueno, nos daremos un cepillazo y saldremos por aquí de nuevo á echar un párrafo. Hasta luégo, hija mia. Vamos, capitan. (*Vanse foro izquierda.*)

ESCENA VII.

Marcial y Herminia.

Marcial. ¿Y ahora, querrás explicarme?...

HERMINIA. Sí, con tal que me ofrezcas no incomodarte.
MARCIAL. Ofrecido.
HERMINIA. ¿Tú no eres valiente?
MARCIAL. No, y me alegro de no serlo.
HERMINIA. Yo sabía que mi mano le sería negada á todo hombre que no tuviera esa cualidad, indispensable á los ojos de mi papá.
MARCIAL. ¿E inventaste un cúmulo de dsafíos, lances y porrazos que me colocaron á la altura de Cid Rodrigo de Vivar?
HERMINIA. Precisamente; escribí á papá una especie de novela, cuyo desenlace fué nuestro matrimonio.
MARCIAL. Por más que mi amor propio no salga muy bien parado que digamos, hay que agradecerte la intencion.
HERMINIA. De lo que ahora se trata es de sostener el tipo.
MARCIAL. No lo veo yo muy fácil.
HERMINIA. ¡Teniendo serenidad!
MARCIAL. La serenidad no basta; no es tan sencillo convertir en leon al cordero.
HERMINIA. Pues tu verás cómo te compones, si no quieres dejarme por embustera.
MARCIAL. En fin, ya veremos. Por de pronto voy á bajar yo mismo á la cueva á escoger del vino más añejo para festejar á tu padre.
HERMINIA. No puedo ménos de agradecerte la atencion.
MARCIAL. ¿Yo valiente? Al demonio no se le ocurre otro tanto. (*Vase segunda izquierda.*)

ESCENA VIII.

HERMINIA, despues MARTINA y en seguida D. DIEGO.

HERMINIA. ¡Pobre Marcial! Él que nunca... Por fortuna, no se presentan tan fácilmente los lances de honor, y con alguna precaucion...
MARTINA. ¡Señora!
HERMINIA. ¿Qué quieres?
MARTINA. Una carta.

D Diego. (*Sale y se oculta.*) Eh... ¿qué oigo?
Herminia. ¿De quién?
Martina. Señora, del jóven de esta mañana.
Herminia. ¿Otra vez?
Martina. Me lo ha suplicado tanto...
D. Diego. (*Saliendo.*) Venga esa carta. (*Quita á Herminia la carta.*)
Martina. ¡Ay, Dios mio!
Herminia. Papá, yo aseguro á usted..
D Diego. Estoy convencido de tu inocencia.
Martina. Yo, señor...
D. Diego. Vete (*Vase Martina.*) Algun importuno acaso, ¿eh?
Herminia. Un necio que me asedia desde Madrid.
D. Diego. ¿Y no se lo has dicho á Marcial?
Herminia. No señor
D. Diego. Mal hecho.
Herminia. He temido que con su carácter...
D. Diego. No importa. El honor ante todo. Ve y díle de mi parte que deseo hablarle.
Herminia. Por Dios, papá.
D. Diego. Yo sé lo que me digo, anda.

ESCENA IX.

Dichos y Marcial, que viene cargado con una cesta de botellas. (*Segunda izquierda.*)

Marcial. Aquí estoy yo convertido en Baco.
D. Diego. Mejor hicieras en ser Marte.
Marcial. Lo mismo da.
D. Diego. Toma y lee.
Herminia. (¡Dios mio!)
Marcial. (*Leyendo.*) «Señora de Paniagua:» Esto es para mi mujer. No es de mi competencia.
D. Diego. Te digo que leas.
Marcial. Vamos allá. (*Leyendo.*) «Señora, perdone usted mi atrevimiento, pero el amor me sirve de disculpa.»
D. Diego. ¿Qué te parece?
Marcial. «Usted sola puede realizar mis más dulces ensueños.» Esto parece una declaracion.

D. Diego. ¡No lo parece, sino que lo es!

Marcial. ¡Qué majadero! «Por favor pido á usted me conceda una corta entrevista.»

D. Diego. ¡Miserable!

Marcial. «Si accede usted á mi súplica, sírvase usted abrir el balcon que da al jardin.»

D. Diego. Aquel.

Marcial. «Besa sus piés, Eduardo Villaverde.» No le conozco. (*Con calma.*)

D. Diego. ¿Pero no te indignas?

Marcial. Pues no he de indignarme, si estoy furioso... lo que se llama muy furioso.

D. Diego. No te se conoce. Yo, cuando me irrito...

Marcial. Ya, porque usted se irrita... hácia afuera. Yo no, yo es hácia adentro. Furor, como si dijéramos reconcentrado, pero no por eso ménos temible. Ya verá usted lo que yo hago.

D. Diego. Comprendo tu cólera y me asocio á ella, pero hay que obrar con tino. En primer lugar..... (*Abre el balcon.*)

Herminia. ¿Qué haces, papá?

D. Diego. Dar la señal.

Marcial. Entónces vendrá.

D. Diego. Y yo le recibiré.

Marcial. ¿Usted? ¡(Respiro)! No señor, á mí es á quien corresponde, y yo sabré...

D. Diego. Tranquilízate, Marcial.

Marcial. No puedo, coronel, no puedo.

D. Diego. Estás sobreexcitado y se comprende, pero....

Marcial. Que venga, que venga y verá usted....

D. Diego. Herminia, llévate á tu marido.

Marcial. ¿Abandonar yo mi puesto?

Herminia. Es preciso, esposo mio. (*Arrastrándole.*)

Marcial. Bueno, pero conste que sólo cedo á la fuerza.

D. Diego. Vete, que yo lo arreglaré á tu satisfaccion.

Marcial. Yo soy quien ahora encargo á usted la calma.

D. Diego. Descuida, tendré calma, pero con firmeza.

Marcial. Eso es, firmeza, pero con calma. (*Vanse primera izquierda.*)

ESCENA X.

D. Diego y en seguida Eduardo, foro derecha.

D. Diego. Estoy satisfecho; es lo que se llama un valiente. Oigo pasos. El seductor sin duda. Ahora nos veremos las caras.

Eduardo. Por fin conseguí....

D. Diego. No señor, no ha conseguido usted nada.

Eduardo. Dispense usted pero yo buscaba á la señora de Paniagua

D. Diego. Yo soy....

Eduardo. ¿Usted?

D. Diego. Sí señor, yo soy el encargado de recibir á usted en su nombre.

Eduardo. ¿Y quién es usted?

D. Diego. Su padre, el coronel Centellas.

Eduardo. Muy señor mio.

D. Diego. El disimulo es inútil. Usted se ha permitido maniobras muy inconvenientes con una persona que tiene indisputable derecho á todo género de consideraciones.

Eduardo. Permítame usted....

D. Diego. ¡Silencio en las filas! Escribir á una mujer casada á hurtadillas del marido, es un grave insulto inferido á éste.

Eduardo. Coronel, mis intenciones....

D. Diego. Me son conocidas.

Eduardo. En ese caso sabrá usted que el amor que me ha inspirado....

D. Diego. Silencio, señor mio ¡me irrita tanto cinismo! Su conducta de usted es la de un miserable seductor.

Eduardo. Coronel.

D. Diego. Y yo, en nombre de mi yerno, le invito á usted á cumplir como caballero.

Eduardo. ¡Un duelo.... y con él!

D. Diego. Dentro de una hora puede V. mandar sus testigos.

Eduardo. Pero caballero, yo suplico á usted....

D. Diego. Es todo cuanto tengo que decirle.
Eduardo. Es que....
D. Diego. Beso á usted su mano (Voy á decir á Marcial que ya está todo arreglado). (*Vase primera izquierda*).

ESCENA XI.

Eduardo y en seguida Gustavo.

Eduardo. ¡Demonio de hombre! Véame usted metido en un duelo... ¿y con quién? con el hermano de mi adorada. Hay dias fatales. ¡En fin, qué remedio! Vamos á buscar los testigos.
Gustavo. (*Dentro*). No hay que molestar á nadie, esperaré.
Eduardo. ¡Esa voz!
Gustavo. (*Entrando.*) ¡Calle! ¡Eduardo!
Eduardo. ¡Gustavo! ¿Qué vienes á hacer aquí?
Gustavo. ¡Una visita! Pero y tú por qué casualidad....
Eduardo. ¿Yo? iba á buscar testigos.
Gustavo. ¿Te casas?
Eduardo. No: me bato.
Gustavo. ¿Un duelo?
Eduardo. Sí, querido; y ya que te he encontrado, cuento contigo.
Gustavo. Acepto, pero á condicion de revancha,
Eduardo. ¿Te bates tú tambien?
Gustavo. No: yo me caso.... al ménos así lo creo por ahora.
Eduardo. ¡Cómo tú.... un libertino!
Gustavo. ¡Y qué quieres! ¡Es preciso hacer la última calaverada! Pero vamos á ver, cuéntame la causa del desafío.
Eduardo. ¿La causa? Ni yo mismo la sé. Llego aquí creyendo hallar á la señora de Paniagua, y me encuentro con su padre, quien sin más acá ni más allá, me insulta, me reta y se marcha.
Gustavo. ¿Pero el motivo...?
Eduardo. Un billete que dirigí á su hija.
Gustavo. ¡Ah, seductor!
Eduardo. No lo creas, y te confieso que este duelo me con-

traría, porque puede tener una gran influencia sobre mi vida.

GUSTAVO. Ya lo creo.... si la pierdes....

EDUARDO. No, no es por eso.

GUSTAVO. Vamos á ver, ¿quieres que busque un medio de arreglar el asunto?

EDUARDO. Siempre que ese medio sea honroso....

GUSTAVO. Me ofendes sólo con la duda; ya sabes que he tenido seis duelos, y.... que....

EDUARDO. Bien, pues haz lo que quieras; voy á ver si encuentro mi segundo testigo.

GUSTAVO. Vé y descuida, que si hallo coyuntura....

EDUARDO. Gracias; hasta luégo.

GUSTAVO. Hasta luégo.

ESCENA XII.

GUSTAVO y en seguida MARCIAL.

GUSTAVO. (*Paseándose*). ¡Pobre chico! Sentiría que le pasara un percance.

MARCIAL. (*Sin verle*). Ya está arreglado.—¿Sí?—Sí. Dentro de una hora te bates.—¡Vaya un modo de arreglar las cosas!

GUSTAVO. ¡Marcial!

MARCIAL. Bergamota. Dispensa, no te habia visto; un asunto desagradable me tiene preocupado, y....

GUSTAVO ¿Acaso el desafío?

MARCIAL. ¿Cómo? ¿Sabes?...

GUSTAVO. Soy testigo de Eduardo.

MARCIAL. (Al ménos moriré entre amigos.)

GUSTAVO. ¿Serías tú acaso padrino de nuestro adversario?

MARCIAL. ¿Cómo nuestro?

GUSTAVO. Quiero decir de tu suegro.

MARCIAL. (¡Ah, qué idea!) Precisamente.

GUSTAVO. Me alegro, porque así podemos entendernos mejor.

MARCIAL. ¿Por supuesto, Gustavo, que no habrás olvidado mi invitacion?

GUSTAVO. No, por cierto.
MARCIAL. (Bueno es recordárselo).
GUSTAVO. Y dime, Marcial; ¿nuestro contrario tiene mucho interés en batirse?
MARCIAL. ¡Ninguno! Es decir, hay exigencias... el mundo...
GUSTAVO. Es decir, que por exceso de amor propio...
MARCIAL. Precisamente, por un exceso...
GUSTAVO. Segun he podido comprender, el motivo del duelo no es muy grave.
MARCIAL. Ca, hombre, una bicoca.
GUSTAVO. Ligerezas de un aturdido.
MARCIAL. Eso es.
GUSTAVO. ¡Suspirillos!
MARCIAL. Y una carta. Hé aquí todo.
GUSTAVO. Pues eso no vale una estocada.
MARCIAL. Qué ha de valer, hombre, ni un pinchazo.
GUSTAVO. Y con una satisfaccion...
MARCIAL. Justamente; el señor Villaverde da una satisfaccion...
GUSTAVO. Eso es imposible.
MARCIAL. ¿Eh?
GUSTAVO. Villaverde ha sido duramente insultado por tu suegro...
MARCIAL. (Maldita sea su estampa.)
GUSTAVO. Y á quien corresponde excusarse es al coronel.
MARCIAL. Estamos frescos.
GUSTAVO. De lo contrario no hay arreglo posible.
MARCIAL. Tal vez haya algun otro medio.
GUSTAVO. No le veo.
MARCIAL. Discurre, hombre, discurre, ¡qué demonio! entre parientes...
GUSTAVO. ¿Cómo entre parientes?
MARCIAL. ¿No me has manifestado deseos de ser mi cuñado? Pues bien con tal que lo arregles, te concedo la mano de Julia.
GUSTAVO. ¿De veras?
MARCIAL. Tienes mi palabra.
GUSTAVO. En ese caso...aunque el medio no es...
MARCIAL. ¿Quien repara en los medios?

GUSTAVO. Hagamos que esos señores escojan la pistola.
MARCIAL. (*Asustado.*) ¡La pistola! ¡Es un arma terrible!
GUSTAVO. Cuando se carga con bala, sí; pero si se hace con pólvora sola...
MARCIAL. ¡Magnífico! ¡Es decir, un simulacro!
GUSTAVO. ¿Te parece bien?
MARCIAL. ¡Perfectamente!
D. DIEGO. (*Dentro*) ¡Marcial!
MARCIAL. ¡Mi suegro!
GUSTAVO. Pues ni una palabra.

ESCENA XIII.

Dichos y D. DIEGO, primera izquierda.

D. DIEGO. ¿Pero dónde diablos?... ¡Ah, un desconocido!
MARCIAL. Gustavo Bergamota.
GUSTAVO. Testigo de Don Eduardo Villaverde.
MARCIAL. (¡Hablador!)
D. DIEGO. ¡Cómo! ¿el señor es?... y tú no me decías nada. Dispense usted, caballero, si le he hecho esperar. Aquí me tiene usted á sus órdenes.
GUSTAVO. Ya estamos conformes, y tanto el señor de Paniagua como yo, hemos convenido...
D. DIEGO. ¿Cómo se entiende? ¿Tú has tratado con el señor de las condiciones?
MARCIAL. Yo le diré á usted...
GUSTAVO. Siendo padrino, creo que...
D. DIEGO. ¿Cómo padrino?
MARCIAL. No, hombre, no; yo soy el adversario; tú sin duda has comprendido mal.
GUSTAVO. Dispensa, pero...
MARCIAL. (¡Cállate!)
D. DIEGO. De todos modos, no es lo procedente.
MARCIAL. Ya lo sé, pero he querido evitar todo medio conciliatorio, poniendo al señor al corriente de los poderosos motivos...
D. DIEGO. Eso es distinto.
GUSTAVO. (Vamos, ya comprendo.)

D. Diego. Pero estando yo aquí ya es inútil tu intervencion. Caballero, yo soy el padrino de mi yerno en compañía del capitan Lapiedra. Arreglemos el programa.

Marcial. (Primero, sinfonía.) (*Acercándose.*)

D. Diego. Puedes quedarte si quieres, pero sin oirnos. (*Le retira.*)

Marcial. (Segundo, la muerte del justo.)

D. Diego. Hablemos de las armas. ¿Qué le parece á usted el sable?

Marcial. Es demasiado peligroso. (*Desde léjos.*)

D. Diego. ¿Eh?

Marcial. Para la cara: una cuchillada en el rostro, desfigura y....

D. Diego. Es cierto: como hombre casado, eso podría tener consecuencias.

Marcial. ¡Vamos! ¿Ve usted cómo es bueno que yo oiga la conversacion? (*Acercándose.*)

D. Diego. Retiro el sable.

Marcial. (¡Si hicieras tú lo mismo!)

Gustavo. Dispense usted, coronel, pero como ofendidos tenemos la eleccion.

D. Diego. Es cierto; proponga usted.

Gustavo. ¡La pistola!

Marcial. Pero sin bala....

D. Diego. ¿Cómo?

Marcial. Forzada. Todo lo forzado me disgusta.

D. Diego. Bien, pistola y á diez pasos.

Marcial. (¡Qué bruto!)

Gustavo. Me parece poco.

D. Diego. Pongamos veinte.... veinticinco....

Marcial. ¡Ciento sesenta!

D. Diego. ¿Cómo ciento sesenta? Treinta y cinco.

Gustavo. Convenido.

Marcial. (¡Lo que le cuesta!)

D. Diego. Falta la hora y el sitio.

Gustavo. Si le parece á usted, mañana....

D. Diego. ¿Y por qué no ha de ser hoy?

Marcial. (Eso es; por telégrafo.)

GUSTAVO. Bien. sea hoy,
D. DIEGO. ¿Sitio?
GUSTAVO. El bosquecillo.
D. DIEGO. Dentro de una hora.
MARCIAL. (Mejor es ahora mismo.)
GUSTAVO. Entónces, hasta la una.
MARCIAL. (Y á la otra me entierran)
D. DIEGO. Caballero.... ¿Vamos, Marcial?
MARCIAL. (Va á ayudarme á bien morir.) (*Aparte á Gustavo*). ¿Sin bala eh?
GUSTAVO. ¡Descuida!
MARCIAL. ¡Dios mio, lo que cuesta ser valiente! (*Vanse los tres foro derecha.*)

ESCENA XIV.

HERMÍNIA, primera izquierda, y luégo EDUARDO, foro derecha.

HERMINIA. Es imposible, es necesario impedir á toda costa ese desafío. Marcial al fin es hombre, y quién sabe si llegado el caso...
EDUARDO. Señora...
HERMINIA. ¡Ah! El cielo sin duda le envía á usted.
EDUARDO. Señora...
HERMINIA. Todo lo sé: yo amo á mi esposo, y suplico á usted que renuncíe á ese duelo.
EDUARDO. Yo quisiera complacer á usted, pero he sido insultado.
HERMINIA. ¿Por él?
EDUARDO. No, señora, por el coronel en su nombre: y un insulto por procurador, siempre es un insulto.
HERMINIA. Caballero, si es cierto que siente usted hácia mí alguna simpatía...
EDUARDO. La simpatía más respetuosa
HERMINIA. En ese caso, caballero...
EDUARDO. ¡Ah, señora! ¡De usted pende la felicidad de toda mi vida!
HERMINIA. Repare usted...
EDUARDO. Diga usted una sola palabra, y el duelo no tendrá

lugar. El amor me dará fuerzas para cometer una bajeza. ¡Ah señora, lo imploro de rodillas! (*Lo hace.*)

HERMINIA. ¿Qué hace usted?

ESCENA XV.

Dichos y MARCIAL, foro izquierda.

MARCIAL. ¡Canario!

HERMINIA. ¡Mi marido!

EDUARDO. ¿Y eso qué importa?

MARCIAL. Pues hombre, me gusta.

HERMINIA. ¡Por Dios, Marcial!

MARCIAL. Salga usted, caballerito, de mi casa, y de ustéd gracias á Dios que no está aquí mi suegro.

EDUARDO. De aquí no me voy sin conseguir lo que me he propuesto.

MARCIAL. ¿A que le pego un silletazo?

EDUARDO. Don Marcial, mi vida es el amor de Julia.

MARCIAL. ¿Eh?

EDUARDO. Y no habrá sacrificio que yo no intente con tal de conseguir su mano.

HERMINIA. ¿Qué oigo?

MARCIAL. Vamos por partes: ¿usted quién es?

EDUARDO. Eduardo Villaverde.

MARCIAL. ¡Mi adversario!

EDUARDO. El mismo.

MARCIAL. Luego la carta que usted escribió á mi esposa solicitando una entrevista....

EDUARDO. Era con el fin de pedirle la mano de Julia.

MARCIAL. ¡Acabáramos! ¿Conque lo que usted quiere es la mano de mi hermana?

EDUARDO. Sí, señor.

MARCIAL. Pues entónces todo se arregló; ya no hay desafío, ni pistolas, ni pasos.... vengan esos cinco.

EDUARDO. ¿Cómo? ¿usted consiente?

MARCIAL. Con mil amores.

HERMINIA. ¡Qué alegría!

ESCENA XVI.

Dichos y Gustavo, foro izquierda.

Gustavo. Caballero.... señora.... va á dar la una.
Marcial. ¿Y qué?
Gustavo. Ya sabe usted que tenemos pendiente un asunto...
Eduardo. Amigo mio, ya no hay duelo.
Gustavo. ¿De veras?
Marcial. El asunto se arregló.
Eduardo. Y á satisfaccion de todos.
Gustavo. Sea enhorabuena.
Eduardo. Don Marcial me concede la mano de su hermana...
Marcial. ¡Ejem! ¡ejem!
Gustavo. ¿De qué hermana?
Herminia De Julia.
Gustavo. No puede ser.
Eduardo. ¿Por qué?
Gustavo. Porque no hace una hora me la ha prometido á mí.
Marcial. ¡Pataplun!)
Eduardo. ¿Cómo se entiende, Don Marcial, es esto una burla?
Marcial. (¡Esto se embrolla!) Señores, hablemos claros; yo le dí palabra al señor, es cierto; pero fué en el caso de que lo arreglara, no lo ha arreglado, luego yo estoy en mi derecho al conceder la mano de mi hermana á este noble y pundonoroso jóven.
Gustavo. Pues bien, señor de Paniagua: este es un juego indigno que no estoy dispuesto á tolerar.
Marcial. ¡Bueno... ahora éste!
Gustavo. Yo haré pública su conducta, y todos sabrán calificarla.
Eduardo. ¡Gustavo!
Herminia. ¡Caballero!
Gustavo. Esa informalidad va á costarle á usted muy cara.

ESCENA XVII.

Dichos, D. Diego y D. Guillermo, foro izquierda.

D. Diego. ¿Qué es esto, señores?
Herminia. ¡Dios mio, mi padre!
D. Diego. ¿Amenazas á mi yerno?
Gustavo. Amenazas que estoy pronto á realizar.
Marcial. (¡Estamos lucidos!)
D. Diego. Se batirán ustedes.
Gustavo. Pues nos batiremos.
Marcial. ¡Otro duelo!
D. Diego. Corriente.
Marcial. ¿Señores, seamos justos; ustedes dos aman á mi hermana?
D. Diego. ¿Cómo á su hermana?
Marcial. Yo no puedo dársela á las dos; pues bien, dispútensela ustedes, y su mano será el premio del vencedor.
D. Diego. Poco á poco. Yo me opongo á ese arreglo.
Herminia. ¿Usted?
D. Diego. Julia no puede pertenecer á ninguno de estos señores.
Marcial. ¿Por qué razon?
D. Diego. Porque yo se la tenía ofrecida al capitan.
Marcial. ¿A qué capitan?
D. Guill. A mí.
D. Diego. Ahora bien, si él buenamente renuncia...
D. Guill. De ninguna manera, la noya será para mí.
Marcial. Pero señores, ¿yo no soy nadie en mi casa?
D. Guill. Ese matrimonio me conviene.
Marcial Pues á mí no.
D. Guill. Lo veremos.
Marcial. Ya está visto.
D. Guill. Si no respetara la presencia del coronel...
Marcial. Ea, ya se me hincharon á mi las narices, y al primero que me chille le desbarato las muelas.
D. Guill. ¿Es un reto?

MARCIAL. Sí, señor, un reto, dos, tres, ya se ha acabado; mi hermana es mi hermana, y no se la doy á ninguno de ustedes; ¿y qué, vamos á ver?

EDUARDO. ¡D. Marcial!

D. GUILL. Salgamos al campo.

MARCIAL. Vamos donde usted quiera, pues me batiré con usted (*á D. Guillermo*) y con usted (*á Gustavo*) y con usted (*á Eduardo*) y con usté (*á D. Diego*) y contigo (*á Herminia*) y con todo el mundo. Burrr (*Todos retroceden.*)

D. DIEGO. El leon se ha desencadenado.

MARCIAL. Salgan ustedes, y uno á uno, dos á dos, por docenas, como quieran.

HERMINIA. ¡Dios mio, Marcial!

MARCIAL. Ya lo saben ustedes, señores. (Creo que los he achicado.)

HERMINIA. ¿Pero qué es esto Marcial? ¡Papá, por Dios!

D. DIEGO. Deja al leon que se desfogue.

HERMINIA. Basta, señores; termine una escena tan inverosímil; los tres se disputan la mano de Julia y ninguno cuenta con la voluntad de la interesada, única persona que debe resolver este asunto.

D. DIEGO. Eso es verdad, y no había yo pensado en ello.

HERMINIA. Así pues, llamaré á Julia y que ella decida; con lo cual espero que estos señores se conformarán, ¿no es cierto?

MARCIAL. ¡Y si nó yo!...

LOS TRES. ¡Conformes!

MARCIAL. ¡Burrr!...

D. DIEGO. ¡Bravo, valiente!

HERMINIA. Julia, ven aquí.

JULIA. (*Saliendo.*) No te molestes, Herminia, lo he oido todo, y sólo tengo que decir que mi corazon ama á Eduardo desde hace tiempo.

D. DIEGO. Basta. ¡Capitan, buenas calabazas!

D. GUILL. Es que yo...

MARCIAL. ¿Eh? (*A Guillermo.*)

GUSTAVO. ¡Pero!...

MARCIAL. ¿Qué?... (*á Gustavo.*)

D. Diego. Basta, Marcial, basta; eres un hombre casado, y debes tener mas juicio. Te debes á los hijos que supongo tendrás pronto.

Marcial. Así lo espero.

D. Diego. Yo te lo digo, y en estas cosas no me equivoco nunca; eres lo que se llama un valiente.

Marcial. Usted lo dice y basta.

Al público.

Dicen que soy un leon,
y yo no sé francamente
si tendrán ó no razon,
Pero aspiro al galardon
que se da á todo valiente.

Fin.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de los Sres. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones, sin cuyo requisito no serán servidos.